

Palabras para una mujer de Buenos Aires

Como has venido de la ciudad multánime,
con el alma descolorida y angustiada,
sin la clara esperanza ni la fuerte ardientía
del amor,
te hacen falta unos días de sol
y de descanso.

Unos días de sombra, unos días de viento,
que te acaricie la luz natural nuevamente la carne y el alma,
y el viento chicotee los contornos ardientes de tu cuerpo
y la sombra de un árbol te arrope de ternura.

Te hace falta la compañía ancestral del camino,
flechador de horizontes,
y la paciencia del remanso,
cuna de los ramajes y los cielos.

Necesitas subir a las cumbres videntes
de los cerros cuyanos,
hiriéndote la planta inadaptada,
para que el escalofrío trágico del vértigo
te anuncie que eres carne.

La ciudad te ha olvidado del árbol;
ama nuevamente su corteza cordial
donde puede grabarse dos nombres en ingenua concordia
y esconderse del viento para el beso fecundo.

Ama la senda estrecha que obliga a comprenderse,
y la llanura espléndida;
las cálidas calandrias de las tardes profundas;
ama al toro repleto de salud y de inocencia,
y al grillo,
estrellita de música perdida entre los pastos.

No te olvides tampoco del racimo,
compendio de dulzura y de ensueño, con forma de caricia;
ni del olvido manso,
ni del álamo ardiente de música y de cielo,
ni del carolino, generoso en altura y en rumores,
donde las nubes suelen hacerle nido al sol.

Y no dejes de hundir las manos cariñosas
en los surcos abiertos,
porque la tierra arada es más hembra que nadie.

Atraviesa los alfalfares florecidos
cuando la tarde vuelva de los cerros
con la noche en la falda
y acuéstate en la era
donde el pan ha bailado su ritmo inicial.

Parte en la madrugada por las lomas serenas
a recibir el día,
escapado del rubio palomar de la mañana,
y luego
aprovecha el perfume de la noche transida de luceros
junto al agua del río
custodiado de árboles.

La primavera urente
nos llama desde el sauce,
con auspicios de nido:
olvídate las cosas de la ciudad sanchesca y complicada,
y cámbialas por la simplicidad de estos caminos
alabados de acequias.

¡Y no te vayas nunca de mi tierra querida
Calandria y racimo!